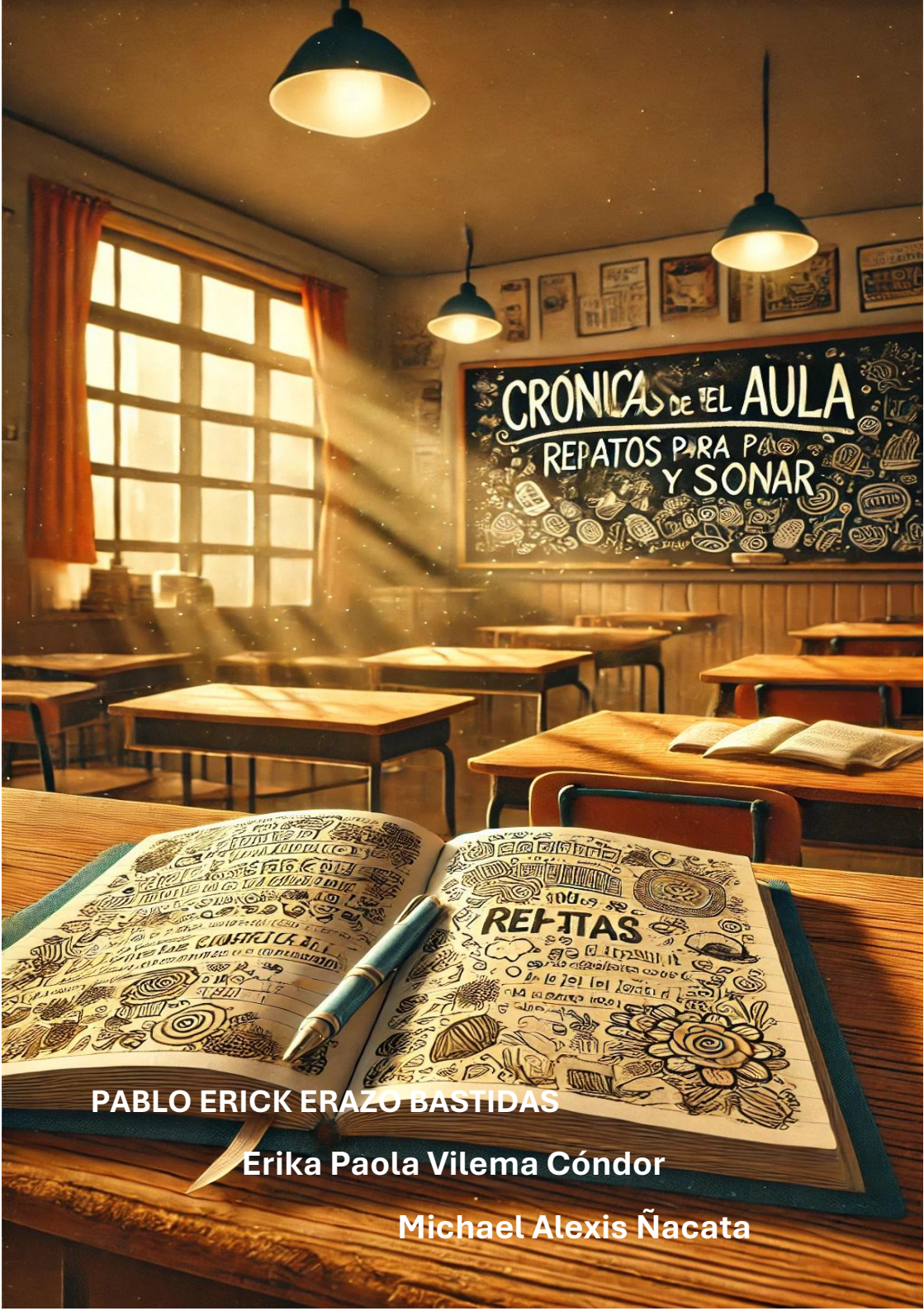




CRÓNICA DE EL AULA

REPATOS PARA PAO Y SONAR

PABLO ERICK ERAZO BASTIDAS

Erika Paola Vilema Cóndor

Michael Alexis Ñacata

Créditos

Crónicas del Aula: Relatos para Pensar y Soñar

Autores:

PABLO ERICK ERAZO BASTIDAS

Erika Paola Vilema Córdor

Michael Alexis Nacata Loachamin

Primera edición impresa:

978-9942-7395-0-6

Revisión científica:

Dra. Angelita Martinez – Universidad de Buenos Aires

Phd. Marcia Arbustin – Universidad Nacional de Rosario

Publicación autorizada por: La Comisión Editorial presidida por Andrea Maribel Aldaz

Corrección de estilo y diseño: MSC. Valentina Chulde

Imagen de cubierta: Diseño del autor

ISBN: 978-9942-7395-0-6



EDITORIAL
**Mundos
Alternos**

Derechos reservados. Se prohíbe la reproducción de esta obra por cualquier medio impreso, reprográfico o electrónico. El contenido, uso de fotografía, gráficos, cuadros, tablas, y referencias es de exclusiva responsabilidad de los autores.

Los derechos de esta edición Impresa son del autor

Introducción

El aula es un espacio donde convergen conocimientos, emociones y experiencias que marcan el crecimiento de cada individuo. Más allá de los libros de texto y las lecciones programadas, en sus rincones habitan historias que reflejan los anhelos, los desafíos y las transformaciones de estudiantes y docentes. *Crónicas del Aula* es una recopilación de relatos que invita a reflexionar sobre la educación como un fenómeno vivo, en constante evolución.

A través de estas páginas, los autores nos sumergen en situaciones cotidianas del entorno educativo, narradas desde diversas perspectivas y con un estilo que combina el realismo con la sensibilidad literaria. Cada historia aquí plasmada es un espejo de la vida en las aulas: momentos de alegría, incertidumbre, superación y aprendizaje, tanto académico como humano.

Este libro busca no solo entretener, sino también inspirar a quienes se dedican a la enseñanza y a quienes han pasado por el sistema educativo. Es un homenaje a la escuela como escenario de crecimiento, donde los sueños encuentran su camino y los desafíos se transforman en oportunidades de cambio.

Dedicatoria

A nuestros estudiantes,
fuente inagotable de inspiración y aprendizaje.
Cada historia que compartimos en estas páginas
lleva un poco de ustedes, de sus sueños y sus
luchas.

A nuestros colegas docentes,
que día a día convierten el aula en un espacio de
magia,
descubrimiento y transformación.

Y a quienes creen en la educación
como la herramienta más poderosa para cambiar el
mundo.

Con gratitud y admiración,
Los Autores

BIOGRAFÍAS

PABLO ERICK ERAZO BASTIDAS

Nacido en Quito el 3 de enero de 1997, creció en una familia profundamente apasionada por la educación y la literatura. Desde temprana edad, desarrolló un fuerte interés por los libros y la escritura, lo que lo llevó a estudiar **Pedagogía de la Lengua y Literatura** en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación de la **Universidad Central del Ecuador**, donde se graduó con honores.

A lo largo de su carrera, Pablo ha enseñado en diversas instituciones educativas, especialmente a estudiantes de secundaria y bachillerato. Su enfoque pedagógico se caracteriza por la integración de tecnologías innovadoras y métodos de enseñanza activos y participativos, los cuales fomentan el pensamiento crítico y la creatividad en el aula. Además, ha participado en múltiples capacitaciones sobre el uso de TIC en la educación y estrategias para mejorar la comprensión lectora, consolidando su reputación como un educador dinámico y visionario.

Mediante la lecto-escritura y su análisis crítico, Pablo no solo conecta su pasión por la enseñanza con su amor por la literatura, sino que también ofrece nuevas

perspectivas que enriquecen la experiencia literaria tanto de sus estudiantes como de sus lectores. Su enfoque pedagógico ha inspirado a numerosos estudiantes, promoviendo una enseñanza más reflexiva, inclusiva y comprometida con la mejora continua de la comprensión lectora.

Además de su trabajo en el aula, Pablo ha participado activamente en proyectos comunitarios orientados a mejorar las habilidades de lectura y escritura en jóvenes. Estos proyectos buscan preparar a los estudiantes para enfrentar con éxito sus desafíos académicos, equipándolos con herramientas esenciales para su desarrollo intelectual y personal.

Erika Paola Vilema Cóndor

Erika, nacida en Quito y con 25 años, ha construido una destacada carrera como docente de Lengua y Literatura, impulsada por su amor por la literatura y su vocación de enseñar. Desde sus años en el Colegio 24 de Mayo, desarrolló una pasión por los clásicos literarios, encontrando inspiración en autoras como Jane Austen y Charlotte Brontë. Su vínculo con las letras creció mientras frecuentaba librerías, donde su amor por la lectura se consolidó.

Su vocación por la enseñanza se remonta a su etapa escolar, cuando una maestra de primaria la motivó a seguir este camino. En 2016, con tan solo 17 años, ingresó a la carrera de Ciencias del Lenguaje y Literatura en la Universidad Central del Ecuador, donde se graduó como licenciada. Más tarde, obtuvo una maestría en Pedagogía, con mención en Currículo, por la Universidad Técnica del Norte.

Erika comenzó su carrera docente enseñando español a extranjeros, y luego se estableció como profesora de Lengua y Literatura en la Unidad Educativa Particular Madre de la Divina Gracia. Durante esta etapa, perfeccionó su enfoque pedagógico, integrando estrategias didácticas innovadoras como el aprendizaje basado en proyectos (ABP) y la metodología STEAM,

siempre con el objetivo de atender las necesidades de sus estudiantes y hacer del aprendizaje un proceso significativo y humanista.

Actualmente, Erika trabaja en la Unidad Educativa Fiscal Simón Bolívar, donde sigue transmitiendo su pasión por la literatura, cultivando en sus estudiantes el amor por el conocimiento y fomentando el pensamiento crítico a través de su enseñanza.

Michael Alexis Ñacata Loachamin

Michael, nacido el 19 de septiembre de 1994 en Quito, Ecuador, descubrió su vocación por la docencia a una edad temprana, inspirado por un profesor de literatura cuyo dominio oratorio lo convenció de que la enseñanza sería el camino que marcaría su vida.

Obtuvo el título de Licenciado en Ciencias de la Educación, con mención en Pedagogía de la Lengua y Literatura, en la prestigiosa Universidad Central del Ecuador. Gracias a su formación, comenzó su carrera docente en instituciones como el Colegio Demetrio San Pedro, CENEC, y la Unidad Educativa Madre de la Divina Gracia, donde adquirió valiosas experiencias educativas. Sin embargo, el hito más significativo en su trayectoria fue su incorporación al Movimiento Fe y Alegría, donde participó en cursos y talleres sobre estrategias metodológicas activas, tales como el aprendizaje basado en proyectos (ABP), la interdisciplinariedad, proyectos de comprensión, uso de rutinas de pensamiento, metacognición, inteligencias múltiples, trabajo colaborativo, portafolios reflexivos, entre otros. Además, recibió capacitaciones en equidad de género, sistemas de

mejora, y proyectos de protección a niños, niñas y adolescentes (NNA).

Gracias a esta formación, sus clases evolucionaron para alejarse de los métodos tradicionales, promoviendo un ambiente de aprendizaje dinámico que no solo motiva a sus estudiantes, sino que también resguarda sus derechos e integridad.

Con el deseo de seguir avanzando en su carrera, Michael decidió cursar una Maestría en Pedagogía con mención en Currículo en la Universidad Técnica del Norte, donde profundizó en la investigación educativa. Con más de seis años de experiencia en docencia y formación juvenil, Michael se ha comprometido con la transformación educativa, ayudando a sus estudiantes a desarrollar competencias clave como la metacognición, escritura, comprensión y habilidades comunicativas, herramientas fundamentales para su éxito a lo largo de la vida.

Pablo Andrés Agual Álvarez

Nació el 22 de septiembre de 1995, en Babahoyo, Ecuador. Es un destacado docente y escritor ecuatoriano, reconocido por sus investigaciones y publicaciones en los campos de la educación, las matemáticas y la física.

Realizó sus estudios secundarios en la Unidad Educativa Ventanas y continuó su formación superior en la Universidad Central del Ecuador, donde consolidó su pasión por la enseñanza y la investigación. A lo largo de su carrera académica, ha contribuido al avance del conocimiento con la publicación de diversos artículos en revistas científicas de renombre, abordando temas como las metodologías de enseñanza y el aprendizaje significativo en matemáticas y física.

Es autor de los libros: “La Magia del Pensamiento Crítico: Matemáticas y Lógica en Acción” y “Relatos del tiempo”, una obra que combina su interés por la narrativa con su enfoque educativo, proporcionando una perspectiva innovadora sobre la enseñanza de conceptos complejos.

Su trabajo está centrado en identificar y superar las dificultades que los estudiantes enfrentan al estudiar matemática y física, promoviendo el pensamiento crítico y la resolución de problemas como pilares fundamentales del aprendizaje.

Pablo Andrés Agua Álvarez se destaca por su enfoque pedagógico reflexivo y orientado a las nuevas tendencias educativas, adaptándose a las necesidades de una sociedad en constante evolución.

Su compromiso con la educación trasciende las aulas, inspirando a estudiantes y colegas a explorar nuevas formas de enseñar y aprender.

DEDICATORIA

Para Eithan Darcy,

Nuestra mayor inspiración y la luz de nuestra vida. Que siempre encuentres en los libros un refugio de aventuras, aprendizajes y sueños. Siempre estaremos aquí para ti

Con todo nuestro amor,

Erika (mamá) y Michael (papá).

Noctis Confusionis

Desperté sin saber dónde estaba. La confusión me envolvía como una densa niebla, sofocante y pegajosa. Estaba de pie, inmóvil, con la piel erizada y una sensación de peligro latente oprimiéndome el pecho. Desde el primer instante supe que no era real. O al menos, eso quería creer.

Era un sueño, una pesadilla. Lo entendía con claridad, pero la certeza de mi razón no disminuía el terror que me embargaba. Me hallaba en una sala angosta de un amarillo enfermizo, con un papel tapiz desgastado, cubierto de grietas y extrañas manchas que parecían moverse bajo la luz mortecina. La decoración era anticuada, fuera de lugar, como si aquella habitación

hubiese sido olvidada por el tiempo. Pero eso no importaba. Lo que verdaderamente me inquietaba era el silencio absoluto, un vacío insondable que absorbía cualquier sonido, salvo el martilleo desbocado de mi corazón.

No debía quedarme ahí. Lo sabía. Algo dentro de mí gritaba que saliera, que corriera antes de que fuera demasiado tarde. Con cada paso que daba, la presión en mi pecho aumentaba, como si el aire mismo conspirara para impedirme respirar. La ansiedad se apoderó de mis sentidos, y justo cuando pensé que despertaría, que el sueño cedería a la realidad, el tapiz se disolvió como ceniza arrastrada por el viento.

Ahora estaba en otro lugar. Una sala inundada hasta los tobillos por un agua helada que quemaba mi piel con un dolor abrasador. Las paredes eran blancas, inmaculadas, pero se manchaban con sombras grotescas que se arrastraban como si tuvieran vida propia. Los susurros comenzaron. Voces etéreas, en un idioma que mi mente no lograba comprender, pero cuyo significado intuía con una certeza escalofriante. Advertencias. Maldiciones. Condenas. Y luego, los gritos. Agudos, desesperados, de almas atrapadas en una angustia infinita.

Retrocedí instintivamente, pero las sombras tomaron forma, alargándose desde los rincones oscuros, deslizándose por las paredes, emergiendo del agua. Eran

criaturas imposibles, figuras distorsionadas que no pertenecían a este mundo. Su sola presencia retorció mi mente en una espiral de pánico. Debía huir. Lo hice. Con cada paso, el agua se volvía más espesa, más ardiente, como si quisiera retenerme.

Crucé una puerta y me encontré nuevamente en la primera sala. Pero algo había cambiado. La luz ya no era tenue ni amarillenta, sino roja, intensa, vibrante. Todo a mi alrededor adquiriría el color de la sangre, como si las paredes latieran con vida propia. Las sombras ya no estaban. En su lugar, espectros deforme emergían de los muros, sus cuerpos retorciéndose en una agonía perpetua. Sus rostros carecían de facciones, pero sus

miradas vacías se fijaron en mí.
Sabía lo que vendría después.

Corrí, ignorando el dolor que me laceraba los pies. Cada paso era una batalla contra un destino que ya estaba escrito. Esto no era un sueño. No podía serlo.

El aire se tornó denso, cargado de lamentos y susurros incesantes. La habitación era un laberinto interminable, un infierno de paredes vivientes que se cerraban a mi alrededor. No había salida. No existía escape. Estaba condenada. Entonces la vi. Una puerta minúscula, apenas perceptible, abierta de par en par. Sin pensarlo, me arrojé hacia ella y crucé el umbral.

Dentro, solo había oscuridad. Y silencio.

Me encontré a mí misma en esa pequeña habitación sin salida, con una libreta y una pluma a mis pies. No sabía por qué estaban allí, pero en el fondo entendía que este era mi último refugio. Mi más miserable destino. Así que escribí. Plasmé cada instante de este horror en estas páginas, con la esperanza de que alguien, en algún momento, las encuentre.

Y si tú, lector, has llegado hasta aquí, lamentablemente ya es demasiado tarde para ti. Te he dado falsas esperanzas, lo siento. Esto no es un sueño. No lo fue para mí y tampoco lo será para ti.

No intentes huir. No luches. Ellos saben que estás aquí, te han estado observando desde el principio.

Y ahora vienen por ti.

Más Allá de una Amistad

La jornada de trabajo había terminado, y me dirigía con prisa al último partido del campeonato en mi barrio. El entusiasmo del momento se vio interrumpido cuando, distraídamente, me golpeé la cabeza contra un letrero. Me froté la frente, murmurando para mí mismo: "Eso me pasa por despistado". Detrás de mí, una voz me sacó de mis pensamientos: "¡Estás bien!". Me giré y vi a un hombre con rostro preocupado. Asentí con una sonrisa tímida, pero antes de poder agradecerle, salió corriendo como si el diablo lo persiguiera. Me quedé inmóvil, preguntándome por qué había reaccionado así. Sin embargo, no le

di mayor importancia y continué mi camino.

Unos minutos después, un convoy de policías irrumpió en la calle, avanzando en la misma dirección por donde el hombre había huido. Un agente se me acercó con paso decidido y me lanzó una pregunta con tono autoritario: "¿Por dónde se fue el sujeto con quien estabas conversando?". Mi corazón dio un vuelco. El número de uniformados me intimidaba, así que, sin pensarlo demasiado, señalé la dirección por la que había escapado.

Instantes después, vi cómo los agentes reducían al hombre que había mostrado preocupación por mí. Forcejeaba, pero no podía hacer nada. En el ajetreo, dejó caer una nota y unas llaves. Ninguno de los

policías pareció notarlo, pero yo sí. Mi curiosidad fue más fuerte que la prudencia, y cuando los agentes se alejaron, recogí la nota y la leí: "Si me encuentran y capturan, avisa a mi hermana Lucía que estaré bien". Bajo esas palabras, una dirección estaba escrita con pulso tembloroso.

Respiré hondo. Tenía un partido importante esperándome, pero la decisión ya estaba tomada. Guardé la nota en mi bolsillo y me dirigí a la dirección indicada.

Al llegar, encontré una casa modesta y silenciosa. Toqué el timbre varias veces, pero nadie respondió. Deslizé la llave en la cerradura y, con cautela, abrí la puerta. Caminé unos metros y escuché música proveniente de otra habitación. Me acerqué lentamente y abrí la puerta. Dentro,

una joven estaba de espaldas. Apenas pronuncié un saludo, ella se sobresaltó y gritó: "¡Ay! ¿Quién es usted?". Levanté las manos en señal de calma y le pregunté: "¿Eres Lucía?".

Sus ojos se abrieron con temor. Asintió con un leve movimiento de cabeza. Le conté lo sucedido y, al escuchar mis palabras, su expresión se desmoronó en lágrimas. "Debo verlo", dijo entre sollozos. "Llévame a la prisión del Inca".

Conduje hasta la penitenciaría. Lucía corrió al encuentro de su hermano antes de que lo ingresaran a la cárcel. Desde el auto, la observé y sentí una punzada de culpa. Yo había sido quien reveló su ubicación, sin saber realmente quién era ni lo que había hecho. Cuando

regresó, con los ojos enrojecidos y el alma rota, me dijo: "Lo condenarán a cinco años... No sé cómo podré soportarlo".

En ese momento, le prometí que siempre estaría para ella.

Los días se volvieron semanas y, poco a poco, nuestra amistad se afianzó. Una tarde, mientras hablábamos, me confesó: "Me siento sola, no sé cómo afrontar todo este tiempo sin él". Quise invitarla a un café, pero el miedo me paralizó. Para mi sorpresa, fue ella quien me lo propuso. Esa tarde, la conversación derivó en algo más profundo. Reunió valor y admitió que sentía algo por mí. Para mi fortuna, yo también sentía lo mismo. Nos dimos una oportunidad, una relación que

llenara el vacío que su hermano había dejado.

Cinco años después, Lucía y yo éramos una pareja feliz. El día de la liberación de Santiago, la emoción de Lucía era palpable. Al llegar a la prisión, nos informaron que estaba a punto de salir. Mientras esperábamos, alguien se acercó por detrás. Me di la vuelta y allí estaba él. La misma persona que, cinco años atrás, se preocupó por un desconocido que se había golpeado la cabeza. Santiago.

Su mirada se posó en mí con incredulidad. "¡Tú! ¿Qué haces aquí? ¡Solo te vi una vez!".

Sonreí y extendí mi mano. "Hola, Santiago. Soy el novio de tu

hermana. He estado a su lado durante estos cinco años".

Sin dudarle, me envolvió en un fuerte abrazo. "Gracias", susurró con voz quebrada. "Gracias por cuidarla en mi ausencia".

Salimos de la prisión y nos dirigimos a casa. Durante horas, Santiago relató su vida en la cárcel, el infierno que había soportado y lo mucho que extrañaba a Lucía. Ella, con el corazón rebosante de felicidad, me pidió que su hermano se quedara con nosotros hasta que encontrara su propio hogar. Sin pensarlo, acepté.

Meses después, Santiago finalmente halló un lugar para empezar de nuevo. La despedida fue agridulce. Aunque su presencia dejaba un

vacío, sabíamos que la vida debía continuar.

Habíamos comenzado como extraños. Ahora, éramos familia.

Venus, la Chica Perdida

Esta es la historia de Venus, una intrépida adolescente canadiense, scout e investigadora apasionada de la historia antigua. Curiosa y exploradora por naturaleza, dedicaba su vida a descubrir secretos del pasado. Su mayor sueño era encontrar el tesoro más buscado de todos los tiempos: "La Flor de la Mar", el legendario barco portugués que zarpó en 1511 con un botín de 200 cofres repletos de piedras preciosas, hundiéndose en una tormenta feroz. Aunque muchos consideraban su búsqueda una quimera, ella estaba dispuesta a enfrentar cualquier desafío para lograrlo.

Un día, tuvo la oportunidad de viajar a Miami, Estados Unidos. Allí,

planeaba visitar un museo en busca de pistas sobre el paradero del tesoro. Emocionada, preparó todo con meticuloso detalle. Sin embargo, el día del viaje casi pierde su vuelo. Corrió hasta la puerta de embarque y subió al avión en el último momento, sin notar que aquel retraso podría haber sido una señal para no abordar.

A mitad del trayecto, una turbulencia sacudió violentamente el avión. Pasajeros gritando, luces parpadeantes, alarmas resonando. Venus cerró los ojos y, con el corazón desbocado, susurró: "Dios, por querer explorar, me pasa esto". Un estruendo aturdidor precedió a la oscuridad total.

Cuando despertó, estaba sola.

Había sobrevivido, pero no sabía dónde estaba. Miró a su alrededor: la arena era de un verde intenso, las piedras azules brillaban como zafiros, la vegetación era morada y el cielo permanecía inalterable. Todo era un destello de colores irreales. Venus recordó haber leído sobre un lugar así en sus investigaciones: el Triángulo de las Bermudas.

El pánico la golpeó. Sabía que nadie vendría a rescatarla.

Decidió avanzar. Caminó sin rumbo durante horas hasta que, de repente, escuchó una voz. Pensó que era su imaginación, pero al girarse, vio una criatura que desafía toda lógica. Tenía patas de gato, cuerpo de canguro y unos ojos inmensos y brillantes. Aterrada, retrocedió.

—¿Eres real? —murmuró.

—Lo soy, Venus —respondió la criatura.

Ella contuvo la respiración.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Porque te he estado esperando.

Aquel ser se presentó como Roho, un guía espiritual con habilidades extraordinarias: podía leer mentes, sentir emociones y, en ocasiones, volar y desaparecer. Pero era la primera vez que tenía contacto con un humano.

Venus, todavía incrédula, le contó su historia y su búsqueda. Al mencionarle el tesoro, los ojos de Roho brillaron. "Estás más cerca de lo que crees", dijo.

Intrigada, lo siguió hasta el otro lado de la isla, donde se alzaba un castillo abandonado. Su estructura era imponente, pero desmoronada por el paso del tiempo. Mientras avanzaban, Venus sintió la debilidad apoderarse de su cuerpo. No había comido en días. Roho le ofreció unas semillas extrañas que le devolvieron las fuerzas.

Cuando llegaron, el guía la miró con seriedad.

—El tesoro se encuentra en las profundidades del mar —le advirtió—, pero no está desprotegido. Hay un guardián en las aguas que custodia los cofres. Es un desafío mortal.

Venus no lo dudó. "Estoy lista".

Roho se ofreció a sumergirse en su lugar. "Es demasiado peligroso para ti", dijo. Ella aceptó y lo vio desaparecer en las aguas oscuras. El tiempo pasó lentamente, hasta que Roho emergió con tres cofres en sus brazos.

—Lo siento, no pude traer más — se disculpó.

Venus sonrió. "No me importa el tesoro. Solo quería que regresaras".

Pero algo estaba mal. Roho cayó de rodillas. Una herida oscura se expandía por su cuerpo. "El monstruo me ha mordido", susurró.

Venus corrió hacia él, desesperada, pero era demasiado tarde. Roho desapareció ante sus ojos. La isla, una vez vibrante, se volvió gris. El

tesoro y la aventura habían perdido todo significado. Sola y devastada, caminó hasta el corazón de la isla y, con tinta de una planta que Roho le había mostrado, escribió su historia en una gran piedra.

Los años pasaron, y la soledad la consumió hasta que, un día, la muerte la reclamó.

Décadas después, una tormenta arrastró un barco italiano hasta la isla. Entre la tripulación, se encontraba Smith, un explorador obsesionado con los misterios del mundo. Caminando entre las ruinas, descubrió la piedra con el relato de Venus.

Leyó cada palabra con fascinación. Sabía que había encontrado algo extraordinario.

Desesperado por compartir la historia con el mundo, luchó contra la naturaleza para escapar de la isla. Finalmente, lo logró.

En Italia, la historia de Venus se convirtió en leyenda. Su nombre fue reconocido como la primera mujer en encontrar el tesoro más buscado del mundo.

Y aunque nunca supo que su legado viviría para siempre, en el corazón de la isla del Triángulo de las Bermudas, su historia sigue esculpida en piedra, esperando ser descubierta por un nuevo explorador.

El Alma Pérdida

Al principio, solo veía un paisaje hermoso, un prado rebosante de

flores que parecían bailar al compás del viento. La brisa era cálida, el aroma a lavanda impregnaba el aire, y el cielo se extendía en un azul tan puro que me llenaba de una sensación de paz absoluta. Sin embargo, algo no encajaba. No sabía cómo había llegado a ese lugar ni cuándo. Todo se sentía extrañamente bien, pero en el fondo de mi ser, una tensión invisible comenzaba a crecer.

De pronto, percibí algo. En un rincón del prado, una figura inusual se materializó entre las flores. Era pequeña y etérea, con un par de alas frágiles que destellaban reflejos plateados. Mis ojos se abrieron con asombro y duda. Su presencia era hipnótica, y aunque mi corazón latía con fuerza, no estaba segura de si

debía sentirme en paz o inquieta. Tomé una decisión impulsiva: lo llamé.

Un error.

La criatura giró lentamente su cabeza, sus ojos oscuros se posaron en los míos y, por un instante, el mundo se detuvo. Parecía analizarme, estudiarme con detenimiento. Me tranquilicé al ver que no mostraba signos de hostilidad, pero justo cuando estaba por explicarle que no quería hacerle daño, desplegó sus alas y salió disparado en dirección opuesta, perdiéndose entre los árboles.

Un miedo irracional me golpeó. No quería quedarme sola. Mis piernas se movieron sin que pudiera controlarlas, persiguiendo a la

criatura entre senderos ocultos, ríos de agua cristalina y puentes cubiertos de enredaderas. No tenía idea de cuánto había corrido hasta que, en una intersección, lo perdí de vista. Exhausta y desesperada, caí sobre un tronco y sentí cómo las lágrimas comenzaban a rodar por mis mejillas.

El sol comenzaba a ocultarse tras las montañas, pintando el cielo con tonos rosados y dorados. Fue entonces cuando un escalofrío recorrió mi cuerpo. Me di cuenta de algo aterrador: no recordaba quién era. No sabía mi nombre, mi edad, ni de dónde provenía. El pánico me envolvió. Comencé a caminar en círculos, tratando de encontrar algún recuerdo, pero todo era un vacío infinito.

Entonces, lo vi. Un campo de flores que antes no estaba allí. Entre los pétalos danzantes, un pequeño borreguito se me quedó mirando fijamente. Había algo en su mirada que me reconfortó.

—Hola, pequeño —susurré—. ¿Tú también estás perdido?

Para mi sorpresa, la criatura se acercó y, con una voz clara y suave, respondió:

—No. Pero tú sí. ¿No recuerdas tu nombre?

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¡Hablas!

—Lo hago. Y llorar no resolverá tu problema.

Hubo un silencio cómplice entre ambos.

—¿Tienes hambre?

Me reí y asentí.

—Sí, mucha.

—Entonces ven. Vamos a mi casa.

—¿Vamos?

—Claro. No puedes quedarte aquí sola.

El borreguito, que se presentó como Bloo, era parlanchín, pero eso me reconfortaba. Caminamos por senderos iluminados por luciérnagas hasta llegar a su hogar. No era una pequeña cueva como esperaba, sino una casa amplia, de colores cálidos y con una chimenea encendida. Bloo

me ofreció leche y galletas. Su amabilidad me derritió el corazón.

—Descansa aquí —dijo, señalando una cama de heno mullida.

Apenas apoyé la cabeza, el sueño me atrapó. Me vi en un lugar blanco, sin sombras ni formas definidas. Voces lejanás susurraban mi nombre. "Poy". Desperté de golpe, con el corazón desbocado. Bloo me miraba con tristeza.

—Ya recuerdas tu nombre —dijo en un susurro.

—Sí.

—Entonces es hora de que regreses.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Regresar? ¿De qué hablas?

Bloo bajó la cabeza.

—Poy, tú no perteneces a este mundo. Solo tu alma está aquí. Estás muriendo.

La revelación me golpeó como un rayo.

—Yo... ¿todo esto no es real?

—No en el sentido en que lo crees. Soy un guía espiritual. Te protegí para que ningún ser errante se apoderara de tu alma. Ahora que recuerdas quién eres, es momento de partir.

Las palabras me pesaban en el pecho. No quería irme. No quería olvidar a Bloo.

—¿Cómo regresaré?

—Debemos invocar a Clinker. Él es el encargado de guiarte.

Bloo pronunció palabras en un idioma que mi mente no podía comprender. Luces resplandecientes danzaron a nuestro alrededor y, de pronto, la criatura de alas plateadas que había huido de mí apareció.

—Poy —dijo con voz dulce—. Lamento haberte dejado antes. Aún no era el momento.

—¿Ahora lo es?

—Sí. Vamos a casa.

Sonreí, aunque una parte de mí sentía que dejar este mundo sería un sacrificio. Dimos un último paso fuera de la casa y, mientras la

transición comenzaba, un frío intenso me recorrió el cuerpo.

Allí, en otro mundo, alguien desconectó las máquinas.

El alma de Poy, finalmente, encontraba su camino.

La Habitación sin Eco

La noche había caído con su manto de silencio absoluto. Me encontraba en mi habitación, atrapada entre mis pensamientos y yo. No había más ruido que el latido errático de mi corazón y el eco de mis dudas. Una en particular se repetía en mi mente como una letanía incesante: ¿Acaso hay algo malo en mí?

Siempre he sentido una extraña fascinación por la muerte. No le temo; al contrario, la he visto como una salida, una liberación, o tal vez solo como un refugio del cual nadie puede expulsarme. Sin embargo, esta idea no surgió de la nada. Se alimentó de un dolor constante, de una tristeza que se arraigó en mí como raíces profundas y enfermizas. Al principio, pensé que

era pasajera, una sombra efímera que eventualmente desaparecería. Pero con el tiempo, se convirtió en una presencia constante, en un peso invisible que cargaba sobre mis hombros todos los días.

Hay heridas que no se ven, pero se sienten. A veces, las palabras que parecen inofensivas son puñales que se hunden con precisión en lo más profundo del alma. He aprendido que lo que para algunos es una broma sin importancia, para otros puede ser la última piedra que los hunda en el abismo. "No deberías tomarte todo tan a pecho", me dicen. Pero ¿cómo explicarles que hay frases que resuenan en mi cabeza hasta desgarrarla, que cada comentario, cada gesto, cada mirada

es un recordatorio de que quizás no encajo en este mundo?

La última vez que intenté escapar, tomé diez pastillas. No sé si esperaba que fueran suficientes o si, en el fondo, anhelaba que no lo fueran. Ni siquiera la química fue capaz de darme descanso. Desperté con un dolor de cabeza insoportable y un vacío aún más grande en el pecho. No quiero ser fuerte, no quiero seguir fingiendo que todo está bien. Déjenme llorar, déjenme rendirme, porque cada suspiro es un nudo en mi garganta, cada día es una batalla que ya no quiero pelear.

Hoy tomé una decisión. No sé si es la correcta, pero tampoco me importa. ¿Me juzgarán si lo hago? ¿Importa siquiera? Al final, las personas muertas no escuchan, ¿no?

Sin embargo, hay algo que me molesta: la idea de que alguien más tenga que limpiar mi desastre. No quiero dejar huellas de mi existencia para que otros se encarguen de borrarlas. Así que pasé todo el día ordenando mi habitación, limpiando hasta el último rincón. Cada objeto estaba en su lugar, cada superficie reluciente. Y, aun así, el cansancio que sentía no era físico. Era un agotamiento del alma, como si estuviera exprimiendo mis últimas fuerzas antes de desaparecer.

Me pregunté si sería correcto llorar en el último día de mi vida, pero mis ojos, como siempre, se negaron a concederme ese alivio. Ni una lágrima cayó. En cambio, un vacío helado se expandía dentro de mí, hasta que ya no quedaba nada.

Me dirigí al baño. Llené la bañera con agua caliente y me sumergí lentamente en ella. El calor abrazó mi piel, pero mi mente se hundía en un mar de recuerdos. No eran felices. Solo fragmentos de momentos que dejaron cicatrices invisibles. En mis brazos, la ansiedad latía como una corriente eléctrica, ansiosa por dejar marcas tangibles, por convertir el dolor emocional en algo físico, algo que pudiera ver y entender.

En ese instante, mi mascota empujó la puerta del baño con el hocico. Sus ojos, grandes y oscuros, me miraban con una mezcla de inocencia y preocupación. Me sostuvo la mirada como si entendiera, como si supiera que estaba a punto de cruzar un

umbral sin retorno. Y entonces, la música comenzó a sonar.

Era una melodía suave, melancólica, la única compañía que jamás me había fallado. La música y mi mascota, los dos testigos de mi agonía, los únicos que habían permanecido cuando todos los demás se habían ido.

Suspiré y cerré los ojos. No sé si mi próxima vida será mejor. Pero espero, con todo mi ser, que en ella pueda ser una adolescente sin el alma rota.

Un Amor Bonito

Era una mañana luminosa cuando lo conocí. El sol brillaba con intensidad, como si el universo mismo anunciara que algo especial estaba por suceder. Entre la multitud, supe que él era diferente. Su sonrisa desbordaba una energía contagiosa y sus ojos reflejaban una calidez sincera. No solo era atractivo, sino que también poseía un corazón noble, atento y lleno de talento. Desde el primer momento, sentí que nuestra coincidencia en aquel lugar no era casualidad.

Comenzamos a vernos con frecuencia. Cada encuentro era una nueva aventura, una razón para sonreír y disfrutar la vida de una manera diferente. A su lado, la felicidad se sentía natural, sin

esfuerzo. Con el tiempo, se convirtió en mi mejor amigo, en esa persona con quien podía ser yo misma sin miedos ni reservas. Era mi confidente, el guardián de mis secretos, el refugio donde los días grises se transformaban en luz.

Sin embargo, algo cambió en mí. Lo que antes era simple amistad comenzó a tornarse en un sentimiento más profundo. Mi corazón latía distinto cuando estábamos juntos. Lo miraba y me descubría deseando algo más, algo que quizá nunca podría tener. Sentía que él solo me veía como una amiga y que confesar mis sentimientos podría arruinar todo. Por miedo a perderlo, decidí callar, esconder mi amor y continuar con la ilusión de

que tal vez, algún día, su corazón latiera por mí de la misma manera.

Pero la vida es un constante cambio, y sin aviso, él tuvo que mudarse a una ciudad lejana. Fue en ese momento cuando comprendí cuán profundo era el vacío que dejaba en mi vida. Los días se volvieron más largos, los lugares que compartimos se convirtieron en escenarios de nostalgia y las palabras que nunca le dije se volvieron un eco ensordecedor en mi mente. Me preguntaba constantemente: ¿Cuánto tiempo pasará hasta que volvamos a vernos? ¿Seremos los mismos? ¿Acaso ya tendrá a alguien más en su vida? El miedo a que solo quedara como un recuerdo sin resolver me carcomía. Aun así, decidí seguir adelante, adaptarme a

la vida sin él, aunque fuese triste y monótona.

Los años pasaron y, cuando menos lo esperaba, el destino volvió a cruzarnos. Ahí estaba él, con la misma sonrisa y la misma luz en la mirada. Sentí que el tiempo no había pasado, que todo volvía a encajar como la primera vez. Nos saludamos, y en ese instante, comprendí que mi corazón nunca había dejado de pertenecerle. La emoción me envolvió, pero también el miedo a perder esta nueva oportunidad.

Decidí no dejar que el temor me paralizara. Reuní todo mi valor y, con el alma en vilo, le confesé todo lo que había sentido durante todos esos años. Le dije cómo mi corazón se aceleraba con su presencia, cómo

mi vida había estado marcada por su ausencia y cómo siempre soñé con este momento.

Su respuesta fue inesperada y maravillosa: él también había sentido lo mismo. Había callado sus sentimientos por temor a que yo solo lo viera como un amigo. Nos miramos con incredulidad, con una mezcla de alegría y tristeza por el tiempo que habíamos perdido. Pero nada de eso importaba ahora.

Decidimos que no dejaríamos que el destino nos separara de nuevo. Nos tomamos de la mano y dimos ese gran paso hacia un futuro juntos. Nos convertimos en compañeros de vida, en almas gemelas que se habían encontrado en el momento justo.

Nuestra historia no era solo un amor bonito, era un amor destinado a ser, un amor que demostró que, a veces, el tiempo y la distancia no pueden borrar lo que está escrito en el corazón.

Una Promesa Irrompible

Lucas era un niño con una imaginación vibrante y una mente inquieta, siempre en busca de emociones nuevas. Sin embargo, últimamente sentía un vacío inexplicable, una sensación de que algo le faltaba en su vida. Cuando llegaron las vacaciones de verano, sus padres decidieron pasar unos días en la playa con la esperanza de que el mar y el sol le devolvieran la alegría. Pero Lucas no compartía el entusiasmo. No le gustaba la playa, le parecía sofocante y aburrida, y no veía qué podía hacer allí que realmente le emocionara. Aun así, decidió no quejarse y tratar de encontrar algo que llenara ese vacío.

Al llegar a su destino, se hospedaron en la casa de unos familiares justo

frente al océano. Una tarde, sintiendo el calor agobiante, decidió salir a caminar por la orilla para despejar su mente. La arena caliente se deslizaba entre sus pies, mientras la brisa marina despeinaba su cabello. Sumido en sus pensamientos, de repente se detuvo. A lo lejos, un chico surfeaba con una habilidad impresionante, deslizándose sobre las olas con una destreza que parecía casi mágica. Lucas sintió un escalofrío de emoción recorrer su cuerpo. La adrenalina que emanaba aquel deporte era algo que nunca había experimentado, pero en su interior, deseaba intentarlo.

Cuando el chico salió del agua, Lucas se acercó con admiración y le

dijo: —¡Eres increíble surfеando!
Me encantaría aprender a hacer eso.

El chico le sonrió y le tendió la mano. —Me llamo Martín. Si tienes tiempo, podemos hablar un rato.

Y así, entre risas y conversaciones, nació una amistad. Descubrieron que compartían el amor por los deportes extremos, la emoción de los desafíos y la pasión por las nuevas experiencias. Martín era extrovertido, siempre con una sonrisa en el rostro, lleno de energía y con una paciencia infinita para enseñar a los demás.

A la mañana siguiente, Lucas despertó con un entusiasmo que no había sentido en mucho tiempo. Se levantó temprano y corrió a la playa con la esperanza de que Martín le

enseñara a surfear. Al llegar, lo encontró con su inseparable tabla de surf. Lucas estaba ansioso, pero al notar que no tenía una tabla propia, bajó la cabeza, desanimado. —Creo que mejor me voy...

Martín rió y le revolvió el cabello. — ¿Cómo piensas aprender a surfear sin una tabla? Toma, usa esta. Tengo más en casa.

Lucas recibió la tabla con los ojos brillantes de emoción. Ese día comenzó su entrenamiento, pero pronto descubrió que surfear no era tan fácil como parecía. Mientras Martín montaba cada ola con gracia y control, Lucas apenas lograba mantenerse en pie antes de caer al agua una y otra vez. Frustrado, sintió que nunca lo lograría. —No te preocupes —le dijo Martín con una

sonrisa alentadora—. Nadie nace siendo experto. Solo sigue intentándolo.

Después de un día agotador, se sentaron en la arena con un par de helados y hablaron de todo y de nada. Lucas, aunque exhausto, estaba más feliz que nunca. Había encontrado algo que realmente le apasionaba y, lo más importante, un amigo con quien compartirlo.

Con cada amanecer, Lucas y Martín pasaban más tiempo juntos. Cada caída era motivo de risa y cada pequeña mejora en el equilibrio de Lucas era celebrada con entusiasmo. Las olas se convirtieron en su patio de juegos y el mar en su segundo hogar.

Pero el verano no duraba para siempre. Pronto, llegó el inevitable final de las vacaciones. Lucas debía regresar a la ciudad, y la tristeza se instaló en su corazón. En su último día, surfegó hasta que el sol comenzó a ocultarse en el horizonte. Salió del agua con el pesar de una despedida inminente.

Martín, con una expresión seria pero con una chispa de emoción en sus ojos, le extendió la tabla azul con la que había aprendido. —Quiero que te la quedes. Para que nunca olvides lo que aprendiste aquí. Y para que siempre tengas una razón para volver.

Lucas tomó la tabla con reverencia y, con un nudo en la garganta, le prometió: —Volveré. No importa

cuánto tiempo pase, siempre regresaré.

El viaje de regreso fue agridulce, pero esta vez, Lucas no sentía vacío. Había encontrado lo que le faltaba: un amigo que lo entendía, un deporte que lo emocionaba y un lugar al que pertenecer. Con energías renovadas, se preparó para volver a la escuela, contando los días hasta la próxima vez que pudiera sentir la brisa marina y el rugido de las olas bajo su tabla.

Las estaciones pasaron y, fiel a su promesa, Lucas regresó verano tras verano. Cada reencuentro con Martín era como si el tiempo no hubiera pasado. Con cada ola domada, con cada risa compartida, reafirmaban lo que ya sabían: la verdadera amistad es como el mar,

infinita y eterna. Porque algunas promesas, como el sonido de las olas, son irrompibles.

Amor en el Viento

Al principio, solo se siente un vacío en el estómago, una sensación extraña que no tiene explicación. En Madrid, una chica se sienta junto al lago, contemplando el reflejo del cielo sobre la superficie del agua. Se siente perdida, como si una parte de ella misma estuviera ausente. No sabe lo que vale, no encuentra la forma de reconocerse en el espejo de su propia alma. Todo parece un laberinto sin salida hasta que, inesperadamente, aparece alguien.

Él es diferente. No es solo su presencia, sino la forma en que la mira, como si pudiera ver algo en ella que ni siquiera ella misma puede reconocer. Hay una conexión inmediata, casi mágica, que la deja sin aliento. Sin razón aparente,

empieza a sentirse atraída por él. Su corazón late más rápido cuando lo ve, y esas mariposas que solo había leído en los libros comienzan a revolotear en su estómago. Pero en su interior, algo la inquieta. No está segura de lo que siente ni de si debería entregarse a este nuevo y desconocido sentimiento.

Los días pasan, y se van conociendo mejor. Él, aunque no lo admita, también empieza a sentirse atraído por ella. Entre risas y conversaciones compartidas, sus almas parecen entrelazarse. Sin embargo, la incertidumbre sigue presente. Ella duda de lo que él siente, teme que para él solo sea un juego pasajero. Pronto, sin explicación aparente, algo cambia. Las conversaciones se vuelven

menos frecuentes, los mensajes dejan de llegar con la misma intensidad. ¿Dijo algo que le molestó? ¿Acaso lo aburrió? Se pregunta sin cesar, pero no encuentra respuestas.

Poco a poco, el silencio se instala entre ellos. Comienzan a ignorarse mutuamente, no por desinterés, sino por miedo a enfrentar lo que está ocurriendo. A veces, es él quien se aleja; otras, es ella quien decide no escribirle. Sus acciones la confunden, su frialdad la desorienta. La duda se convierte en un tormento. Necesita saber la verdad, así que lo cita en el lago donde todo comenzó.

Era un día lluvioso. Las gotas golpeaban la superficie del agua con un ritmo acompasado, como si el

cielo compartiera su angustia. Ella llega antes, con el corazón acelerado y la garganta apretada por la ansiedad. Cuando él aparece, siente una mezcla de alivio y temor. Quiere hablar, quiere explicarle todo lo que siente, pero antes de que pueda decir una sola palabra, él la ignora. No muestra interés, no responde a su intento de abrir su corazón. Finalmente, él se da la vuelta y se va, dejándola allí, bajo la lluvia, con un nudo en el pecho y una sensación de vacío absoluto.

Esa fue la última vez que se vieron. Durante días, ella intentó comprender lo que había sucedido, pero no pudo. Se aferró a la idea de que su amor no era correspondido, que lo mejor era alejarse por su propio bienestar. Y así lo hizo.

Aunque le dolía en lo más profundo, decidió dejarlo ir, convencida de que era la única opción posible.

Pero la verdad era otra. Él no la rechazó por falta de amor, sino porque no sabía cómo expresarlo. Su amor por ella era inmenso, pero nunca había aprendido a demostrarlo. Con ella, todo era diferente y natural, y eso lo aterraba. Sin darse cuenta, su miedo lo llevó a alejarla, a lastimarla sin quererlo. Se convirtió en prisionero de sus propios sentimientos no expresados.

Pasaron los días, y cada vez que la veía a lo lejos, un nudo se formaba en su garganta. Quería hablarle, quería acercarse, pero ¿cómo hacerlo después de todo lo que había pasado? ¿Después de haberla

dejado con tantas preguntas sin respuesta?

Una noche, finalmente reunió el valor para escribirle un mensaje. Volcó en palabras todo lo que había callado, todo lo que su corazón había gritado en silencio. Confesó su amor, su miedo, su arrepentimiento. Esperó con el alma en vilo una respuesta... pero nunca llegó.

Ya era demasiado tarde.

Ella había aprendido a vivir sin él, a sanar su corazón y a seguir adelante. Pensó que su amor nunca fue correspondido y lo dejó en el pasado. Él, por su parte, se quedó con el peso de las palabras no dichas y el remordimiento de haberla perdido. Así, ambos tomaron

caminos separados, convertidos en dos extraños con un recuerdo en común, dos almas que el destino unió y que su propio miedo separó.

Porque a veces, el amor no es suficiente si no se tiene el valor de enfrentarlo.

Táchalo con Tinta Roja

El día que todo cambió, iba de camino al colegio. No sé si fue por ir distraído o por simple mala suerte, pero resbalé y caí en un precipicio. El mundo se desvaneció en un instante cuando mi cabeza impactó contra algo sólido. Todo se volvió negro.

Cuando desperté, sentí un dolor punzante en la cabeza. Parpadeé varias veces hasta que mi vista se acostumbró a la penumbra. No estaba solo. A mi alrededor, unas criaturas me observaban desde las sombras. Al notar que me había despertado, se escurrieron entre las grietas de la roca y desaparecieron. Intenté llamarlas, pero mi voz se quebró en el silencio. Giré la cabeza con la esperanza de verlas de nuevo,

pero no había nada. Solo el eco de mi propia respiración.

¿Magia? Tal vez.

Me puse de pie con dificultad y examiné mi entorno. Estaba muy por debajo de la superficie. No tenía idea de cómo regresar. Grité pidiendo ayuda, pero el sonido murió antes de alcanzar las alturas. En medio de la desesperación, volví a ver a una de esas criaturas. Reuní el coraje suficiente para hablarle, para pedirle auxilio, pero en un parpadeo, ya no estaba.

Los días pasaron y la soledad se convirtió en mi única compañía. Cada intento por comunicarme con ellos fracasaba. Al principio, pensé que mi uniforme escolar les asustaba, así que empecé a

modificarlo con lo que encontraba en el suelo, intentando asemejarme a ellos. Pero nada funcionaba. Mis esfuerzos eran en vano. No importaba lo que hiciera, ellos seguían desvaneciéndose antes de que pudiera acercarme. Empecé a dudar de todo. ¿Realmente estaban ahí o eran una ilusión creada por mi propia mente?

Semanas después, ya no tenía fuerzas para seguir gritando. Mi esperanza se marchitaba con cada intento fallido. Las voces de esas criaturas susurraban en la oscuridad, palabras ininteligibles que no sabía si debían calmarme o advertirme. Sus murmullos llenaban el aire, enredándose en mi mente como hilos invisibles. ¿Me ignoraban? ¿Me temían? ¿O simplemente me

dejaban pudrirme en este agujero sin fin?

Día tras día, mis sentimientos comenzaron a desaparecer. Dejé de anhelar ayuda. Dejé de sentir miedo. En su lugar, la frustración creció, densa como la niebla que cubría mi prisión subterránea. Empecé a odiarlos. Esas sombras que solo me observaban desde la distancia, que nunca extendían una mano para sacarme de aquí.

Hasta que, una noche, todo cambió.

—¿Quieres salir de aquí, no? —una voz emergió de la oscuridad.

Me giré bruscamente. Frente a mí, una de las criaturas me observaba con ojos que destellaban una

extraña comprensión. Mi corazón se aceleró.

—¡Sí! —respondí sin dudarlo—. Por favor, dime cómo salir de aquí.

El ser me sonrió, como si hubiera estado esperando mi desesperación. Me miró con algo que no supe si era lástima o interés.

—Sigue intentándolo. Yo te apoyo.

Aquellas palabras, simples pero firmes, despertaron algo en mí. No era una promesa de rescate, pero tampoco era un rechazo. Era la chispa que necesitaba para levantarme una vez más.

Tal vez algún día logre escapar de este lugar que me atormenta. Tal vez encuentre el camino de regreso a la

luz. Pero si alguna vez me rindo...
si alguna vez dejo de intentarlo...
simplemente, tacha mi nombre con
tinta roja.

El Deseo de Morir

Sentado... Así me encuentro. Encerrado entre cuatro paredes donde la luz del sol no llega ni llegará jamás. El aire es denso, cargado de humedad y muerte. Mi único consuelo es este pedazo de papel y un lápiz gastado. Escribo no por redención, sino porque la culpa pesa demasiado para cargarla yo solo.

Soy un asesino. Al menos, eso dice la ley. Pero la verdad es más compleja. Maté a un hombre, sí. Pero no a cualquiera, sino a un influyente político de este país. Su nombre no importa. Lo único que realmente tiene peso es la razón por la que lo hice. Nadie en este mundo es completamente bueno, lo sé, pero él fue más que una simple mancha

en la humanidad. Fue el asesino de mi esposa. Le disparó a plena luz del día, bajo los ojos de una ciudad indiferente, en un arranque de demencia provocado por la droga que corría en sus venas. Muchos vieron lo que hizo, demasiados testigos para que escapara de la justicia. O al menos, eso pensé.

En un mundo donde el dinero compra todo, la justicia es solo una palabra vacía. Con billetes, sobornó al sistema, a jueces, a policías, incluso encontró un pobre infeliz dispuesto a cumplir su condena por él. Y así, mi esposa se convirtió en otro número en una estadística de crímenes impunes. La indignación me consumió, la impotencia me desgarró. No podía soportar que esa bestia siguiera respirando,

caminando libre como si nada hubiera ocurrido. Así que decidí hacer lo que el sistema no haría. Lo busqué. Lo encontré. Y con la misma frialdad con la que él había arrancado la vida de mi esposa, le disparé entre los ojos.

No intenté huir. No pedí clemencia. No acepté la estrategia de mis abogados cuando me sugirieron que me declarara demente para reducir mi condena. Confesé sin titubeos. ¿Para qué negarlo? No tenía nada por lo que seguir viviendo. Pero la cárcel no sería mi destino.

La familia de aquel desgraciado, corrupta hasta la médula, decidió que la justicia no era suficiente. No para ellos. Prefirieron otro tipo de castigo, uno mucho peor. Contrataron a sicarios para sacarme

de la prisión. No sé cuánto tiempo me arrastraron antes de llevarme a este infierno, pero aquí estoy. Un lugar sin nombre, sin salida, sin luz. Un sitio donde solo habitan sombras, ratas y muerte.

El hedor aquí es insoportable. No solo es el olor de la podredumbre, sino también de otros que, como yo, fueron traídos aquí para ser olvidados. Pero yo no fui abandonado simplemente para morir. No. Se divertieron conmigo. Sus risas resonaban en la oscuridad cada vez que me golpeaban hasta fracturarme los huesos, cada vez que me dejaban sangrar sin compasión.

Me preguntaba a diario cómo alguien podía disfrutar tanto con el sufrimiento ajeno. Nunca obtuve

respuesta, pero con cada día que pasaba, sus métodos se volvían más creativos. Perdí la cuenta del tiempo, pero calculo que han pasado al menos 74 días. Setenta y cuatro días de tortura, de hambre, de desesperación. Setenta y cuatro días de dolor inimaginable.

Al principio, anhelaba la muerte. Rogaba que me mataran y acabaran con esto de una vez. Pero ellos no estaban dispuestos a concederme tal misericordia. Me mantenían con vida a la fuerza, obligándome a comer las vísceras de las ratas que rondaban por este lugar. Vomitaba, me asfixiaba, me desplomaba, pero me obligaban a seguir, a resistir solo para su entretenimiento.

Hoy, sin embargo, todo terminará. Me lo dijeron anoche. No porque

les haya nacido la compasión, sino porque simplemente se aburrieron de jugar conmigo. Soy un juguete roto, una marioneta sin más valor que el tiempo que les ha entretenido. Irónicamente, me siento aliviado. La idea de la muerte ya no me asusta. Es un consuelo, un escape. Si el infierno existe, sé que no puede ser peor que este lugar.

Y sin embargo, hay algo de lo que me arrepiento. No de haber matado a aquel monstruo. No. Me arrepiento de no haberlo matado dos veces, de no haberlo hecho sufrir, de no haber visto el terror en sus ojos el tiempo suficiente.

Quizás, en otra vida, tenga la oportunidad.

No sé cuál es el nombre

Desperté con el rostro pálido y el cuerpo empapado en sudor frío. Un escalofrío recorrió mi espalda, agitando mi cabeza con pensamientos confusos. La imagen de aquella chica aún persistía en mi mente, pero al abrir los ojos, comprendí que todo había sido un sueño. Un simple capricho de mi subconsciente, un eco lejano de recuerdos y escenarios ficticios que mi mente insistía en recrear. Pero en el fondo, algo me decía que no era solo un sueño.

Caminaba por la misma calle de hace cuatro años, con la misma sensación de estar atrapado en un bucle del tiempo. Y ahí estaba ella, como un reflejo intacto de aquel pasado, con la misma mirada

enigmática, la misma presencia etérea que me hacía sentir que el mundo a nuestro alrededor era irrelevante. Me preguntó amablemente mi nombre. Y yo, congelado por la ironía de la situación, no supe qué responderle. Le había dicho tantas veces que era una de las personas más importantes que había conocido, pero ahora, frente a ella, me daba cuenta de que jamás supe su nombre. Sentí la desesperación trepar por mi pecho. No podía saludarla con la seguridad de un viejo amigo, no podía pretender que aún la conocía cuando no podía pronunciar su nombre. Me sentí estúpido. ¿Debería alegrarme de que todo haya sido solo un sueño?

Lunes cinco de enero. Hace cuatro años exactos, empecé un curso temporal de repostería. Siempre me han gustado los postres, cuanto más dulces mejor. Recuerdo que ese primer día, mientras organizaba los ingredientes para la receta, la vi. Estaba al otro lado de la sala, una figura seria, con una presencia casi distante. No miraba a nadie, ni siquiera a mí. Llevaba un abrigo gris, una falda negra hasta la rodilla, medias de malla y unos botines oscuros. Su cabello castaño contrastaba con la palidez de su piel, teñida de un rubor tenue en las mejillas. Pero lo que realmente me llamó la atención fue la soledad que la envolvía, la forma en la que parecía existir en un universo paralelo, como si el mundo que

habitaba no fuera el mismo en el que nos encontrábamos los demás.

Durante la mayor parte de mi vida, siempre tuve compañía: amigos, familiares, incluso mascotas. Pero nunca sentí que realmente conectaba con alguien. La gente hablaba, reía, compartía momentos conmigo, pero había una barrera invisible que me impedía sentir una verdadera cercanía. Tal vez por eso ella me intrigaba tanto. Su mundo parecía cerrado para los demás, pero yo quería entrar.

La primera vez que intenté hablarle, todo salió mal. No le pregunté su nombre, no inicié con una presentación básica. En su lugar, le pregunté: "¿Te gustan los colibríes?". Me miró con su expresión neutral y simplemente

respondió: "Céntrate en el brownie que dejaste en el horno".

Pensé que había sido un fracaso absoluto, pero algo cambió con el tiempo. Nos encontramos fuera del curso en una heladería cerca de un parque. No anticipé la lluvia torrencial que nos recibió ese día. Cuando llegué, la heladería ya había cerrado, pero ella estaba allí, de pie en medio del parque, dejando que el agua helada le golpeará el rostro. Me acerqué con incertidumbre.

—¿Por qué decidiste quedarte bajo la lluvia cuando podías esperar en algún sitio cubierto? —pregunté, realmente curioso.

—Me gusta la lluvia —respondió, sin más.

—¿Y los colibríes? La primera vez que te lo pregunté, me dijiste que me concentrara en el brownie.

Sonrió levemente, y por primera vez noté algo distinto en su mirada.

—Sí, me gustan. Pero prefiero las mariposas.

Esa tarde hablamos de animales, de aves y mamíferos, de criaturas salvajes y domésticas, de por qué adoptar una lagartija sería una idea fascinante. Descubrí que ella entendía mi forma de ver el mundo de una manera que nadie más lo hacía. Éramos diferentes, sí, pero de algún modo compartíamos el mismo universo.

Me contó que su padre había fallecido cuando era muy pequeña y

que su madre pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa. Siempre había estado sola, pero no le molestaba. Era lo normal para ella. Con el tiempo, aprendí a respetar sus silencios. Y fue en esos momentos de mutismo absoluto cuando más cerca sentí que estábamos. No necesitábamos palabras para entendernos.

El día que su conejo murió fue la única vez que la vi llorar. No quiso consuelo, no aceptó palabras de aliento. Solo se secó las lágrimas y seguimos con nuestra rutina, como si nada hubiera ocurrido. Pero esa imagen se quedó grabada en mi mente.

Cuando llegó mi cumpleaños, mucha gente estuvo presente. Amigos, conocidos, incluso aquellos

que no veía desde hacía meses. Recibí regalos, cartas, discursos. Pero ella no apareció. No llamó, no envió mensajes. Y, sin embargo, fue en ella en quien más pensé ese día.

A la mañana siguiente, desperté con la voz de mi madre conversando con alguien más. Me levanté apresuradamente y la vi. Estaba allí, en la puerta de mi casa, sosteniendo un lienzo entre sus manos.

—Feliz cumpleaños —dijo con una sonrisa gentil.

—Gracias... no debiste molestarte —respondí, sintiendo mi corazón latir con fuerza.

Me entregó el cuadro. Era un colibrí pintado con mis colores favoritos: rojo, púrpura y turquesa.

¿Importaba si combinaban o no?
No. Era perfecto.

—¿Quieres pasar? —pregunté, con un nudo en la garganta.

—Me gustaría, pero tengo que irme.

—¿A dónde?

—Lejos. Muy lejos. Y tal vez no vuelva.

Me quedé en silencio. Sentía que había tantas preguntas que debía hacer, pero mi mente se nubló. Antes de que pudiera reaccionar, empezó a alejarse. Instintivamente, la tomé del brazo y la abracé con fuerza. Para mi sorpresa, me correspondió con la misma intensidad. Sentí sus lágrimas calientes humedecer mi hombro.

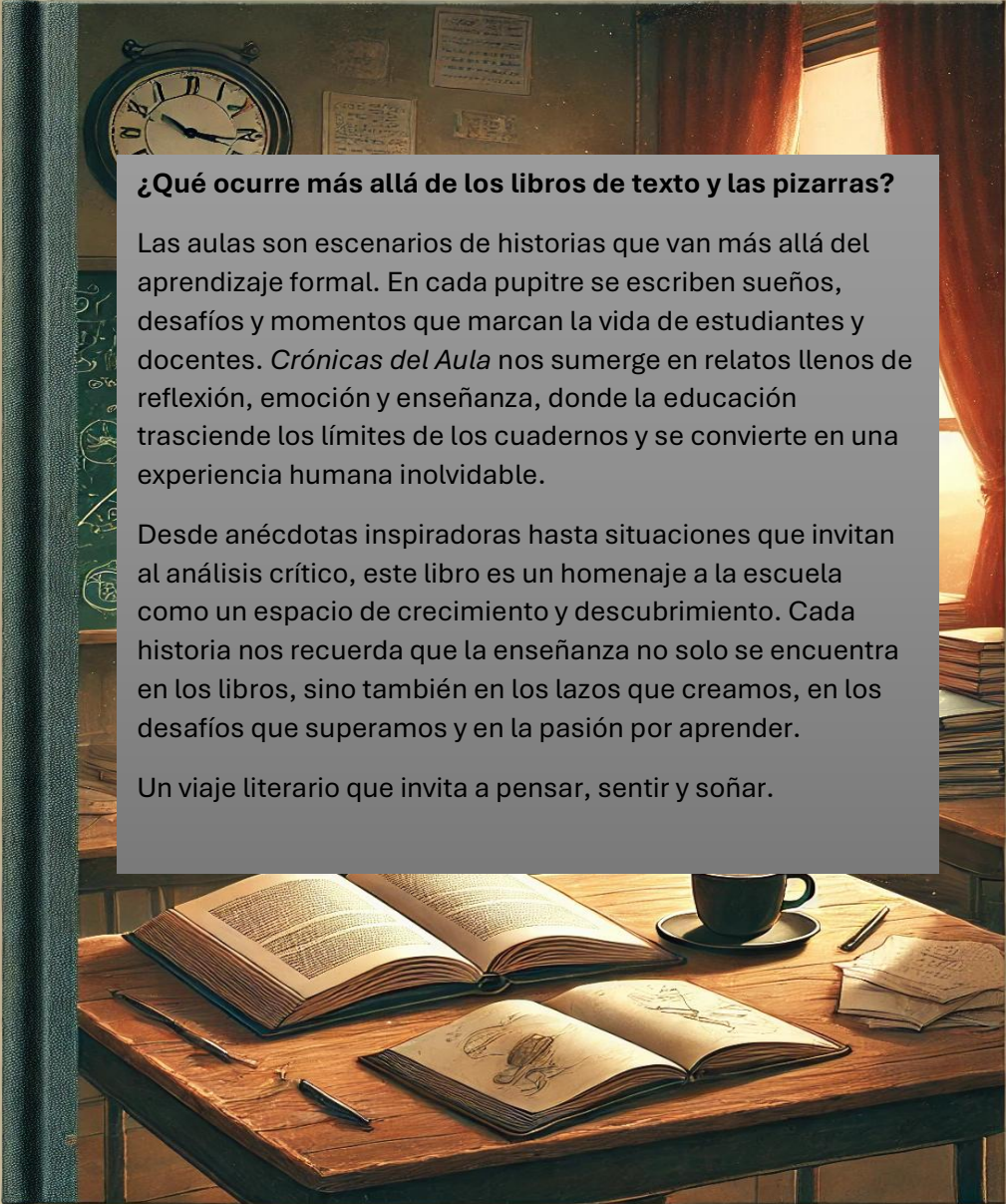
Sabía que una tía paterna había estado luchando por su custodia, pero nunca imaginé que la decisión ya estuviera tomada. Su tía vivía en una ciudad al otro lado del país, donde jamás podríamos volver a coincidir.

Nunca supe por qué no me lo dijo antes. Quizá no quería despedidas largas, quizá nunca tuvo intención de volver.

Nos conocimos durante un año. Nunca pregunté su nombre. Nunca me llamó. Nunca la encontré en otro lugar. Nunca supe dónde estudiaba. Solo sé que vivía en su propio mundo, y que por un tiempo, me permitió entrar en él.

Ahora, su rostro es solo un recuerdo borroso en mi mente. Y aún me sigo

preguntando cómo está... como sea
que se llame la persona que
desapareció un día después de mi
cumpleaños.



¿Qué ocurre más allá de los libros de texto y las pizarras?

Las aulas son escenarios de historias que van más allá del aprendizaje formal. En cada pupitre se escriben sueños, desafíos y momentos que marcan la vida de estudiantes y docentes. *Crónicas del Aula* nos sumerge en relatos llenos de reflexión, emoción y enseñanza, donde la educación trasciende los límites de los cuadernos y se convierte en una experiencia humana inolvidable.

Desde anécdotas inspiradoras hasta situaciones que invitan al análisis crítico, este libro es un homenaje a la escuela como un espacio de crecimiento y descubrimiento. Cada historia nos recuerda que la enseñanza no solo se encuentra en los libros, sino también en los lazos que creamos, en los desafíos que superamos y en la pasión por aprender.

Un viaje literario que invita a pensar, sentir y soñar.